

# Desde el manglar

Antonio Benítez Rojo

A Pachín Marín y a Nicolás Rojo

LA GARZA SE VUELVE A ARROJAR DESDE LA RAMA DE LA YAGRUMA COMO UN DARDO blanco. Al llegar a la superficie del agua, extiende las alas, apresa con el pico uno de los cangrejos arracimados en las expuestas raíces de los mangles, y levanta el vuelo hasta posarse en la misma rama. Entonces echa la cabeza hacia atrás, la mueve rápidamente de un lado a otro, y se traga el cangrejo.

Desde su hamaca ha visto a la garza repetir la maniobra diez o doce veces, siempre con la indiferente regularidad de un pájaro de relojería. No obstante, a pesar de su metódico exterminio, los cangrejos permanecen inmóviles, como si fueran caparazones vacíos o excrecencias de las raíces. Trata de explicarse la estupidez de esos pequeños cangrejos. Tal vez sean muy jóvenes. De momento no encuentra ninguna razón mejor. Al rato concluye que no es tal estupidez. Los cangrejos siguen el dictado de su instinto: el menor movimiento de una pata o una pinza atraería de inmediato la atención de la garza. En los mangles hay millares de pequeños cangrejos; el ave cazadora es sólo una. La estadística está a favor del individuo que permanece quieto.

La garza deja la rama y vuela sobre la ciénaga. Desaparece en dirección a la costa. Los cangrejos comienzan a moverse, a devorar los minúsculos parásitos de las raíces. Tiene un acceso de náusea. Finalmente se queda dormido.

La hamaca está tendida entre los troncos de dos yagrumas, los dos únicos árboles que crecen en su minúsculo islote. De una de las ramas que se extienden por sobre su cabeza, cuelga su fusil, un Mauser. El viejo lo ató por la culata y el cañón, y ahora cuelga cerca de su mejilla derecha. El capitán sólo quería dejarle un machete, la escasez de armas de fuego, además, ¿qué va a hacer con un buen Mauser un hombre moribundo de fiebre amarilla? Pero alguien dijo que para matar a un caimán hacía falta un fusil, y el general, ya montado en su caballo: ¡Déjenle el cabrón Mauser a ese hombre y vámonos! ¡Déjenle también una botella de mi ginebra!

Alrededor del islote hay muchos caimanes pequeños, pero de los grandes sólo ha visto dos. Llegaron juntos. Salieron del agua negra y empezaron a arrastrarse hacia la hamaca. Él agarró el Mauser y le apuntó al primero de

ellos. No tuvo necesidad de disparar. Al verlo moverse, ambos dejaron de avanzar. Entonces el que estaba más rezagado mordió la cola del otro y se la empezó a comer, masticándola con devastadora lentitud, como si fuera una vaca. El caimán atacado no se movió en largo rato. Cuando había perdido gran parte de su cola, retrocedió despacio hacia el agua. El otro lo siguió sin apresurarse.

Hay un momento del día en que el escenario de la ciénaga muestra alguna coloración. Al mediodía, cuando el cielo no está nublado, la luz del sol lava la capa carbonosa que cubre todo lo que hay a su alrededor. Entonces las retorcidas ramas de los mangles adquieren un matiz de herrumbre, y en sus hojas puede verse el verde oscuro, el marrón, y el amarillo. Más allá, a unos doscientos pies del islote, hay un pequeño monte de árboles de caoba. Oculto entre sus ramas debe haber un nido de cotorras; las ha visto volar varias veces llevando lombrices en el pico. Al mediodía la pareja siempre sale a tomar el sol; se sacan los piojos mutuamente y después acercan sus coloreadas cabezas como si se besaran. Abajo, el agua continúa siendo negra, pero dentro de las gordas y aceitosas burbujas que suben del fondo de turba se forman los colores del arcoiris. Es un momento hermoso. Entonces descorcha la botella de ginebra, bebe un pequeño sorbo, y se pone a leer el libro del botánico inglés bajo la vibrante claridad de la brisa que viene del mar. Por suerte el viejo loco que cuida de él nunca escoge para venir esa hora mágica.

Mira, viejo, te presento a mi novia. ¿Qué te parece?

Me gustan sus ojos verdes.

¿Cómo sabes que son verdes, en la fotografía parecen grises?

¿Te vas a casar con ella?

Claro que sí. En cuanto se acabe la guerra. Se llama Julia. Trabaja para la junta revolucionaria de Nueva York. ¿Cuánto crees que dure la guerra?

Las guerras nunca se acaban.

El general piensa que se acabará en el año 1900. La guerra no es lo que pensaba. Es una mierda. Las cosas que uno hace no se olvidan. Pero no queda más remedio que seguir peleando. Disparado el último tiro, tomo un barco y me voy a Nueva York. Me casaré allá y vendremos a vivir a La Habana. La extraña. No te enseñe sus cartas porque se las dejé al general. Uno nunca sabe.

Te veo mañana. Está bajando la marea y el bote se embarranca. Ya me pasó el otro día.

El viejo vive tierra adentro, al borde de la ciénaga. Allí hace carbón de mangle. No es fácil hacer carbón. Si uno no sabe hacer los hornos en la tierra, el mangle se convierte en cenizas y se pierde todo el trabajo, dice el viejo.

Poco antes del amanecer, cuando los animales de la ciénaga descansan y el aire de la tierra sopla fuerte, puede oler el humo de los hornos del viejo. Entonces se siente menos solo y piensa en las cosas buenas que le quedan por hacer.

¿Qué haces con todo ese carbón?

Lo meto en sacos de yute. Después coso los sacos y se los vendo a un hombre que viene a buscarlos en una carreta de bueyes. Ese hombre se los vende a otro que tiene un carretón con cuatro mulas. Mi carbón llega a La Habana, y de ahí lo llevan en barco hasta la isla de Cuba.

Estás loco.

Es que he mirado mucho a los mangles.

Para llegar al islote el viejo debe salir dos horas antes en su pequeño bote y abrirse paso por entre los estrechos canales que hay en el manglar. Hace días hizo ese viaje con él, pero entonces tenía la fiebre amarilla y apenas recuerda nada: sólo un atroz dolor de cabeza y la certeza de que iba a morir.

El general me dio dinero para que te cuidara. Aquí estarás bien. El enemigo no te encontrará. Colgaré la hamaca de esas dos yagrumas. Te curaré con hierbas. Vas a ver, dice el viejo.

Aquí traigo *Ricinus communis* para el dolor de cabeza.

*Hibiscus abelmoschus* para sudar la fiebre.

*Pimpinela anisum* para expulsar los gases.

*Ammona squamosa* para aplacar los nervios.

¿Estás seguro que me curarás?

Seguro no hay nada. Tienes que vencer la recaída. Una mañana amanecerás mejor y crearás que estás curado. Pero no lo estarás. Al otro día vendrá la recaída. Siempre ocurre así con la fiebre amarilla, dice el viejo.

Esta mañana me siento mejor. Sólo he vomitado una vez.

Buena señal. Cuando estés más fuerte voy a arreglar las cosas para que regreses a tu pueblo, dice el viejo.

No puedo regresar. Está ocupado por un regimiento español. Además, allí no tengo a nadie.

¿Adónde quisieras ir?

Quisiera ir a Nueva York. Me gustaría ver a mi novia. Aunque sólo fuera un par de semanas. A veces me acaricio la cara y pienso que mis manos son las de ella. Después, regresaría a Cuba con cualquier expedición.

Creo que puedo arreglar tu viaje, dice el viejo con suficiencia. Inexplicablemente, ni su cara ni sus manos están tiznadas de carbón.

Alza su mano del borde de la hamaca y la examina, volteándola de un lado a otro. Su piel está todavía amarilla.

Fue la fiebre. Ataca al hígado. Pero ya estás bien de la fiebre. De la fiebre sólo queda el recuerdo. Ahora estás débil, dice el viejo mientras le da de comer arroz frío con sardinas. Mañana tendrás la recaída. Cuando la pases, estarás fuera de peligro y te llevaré conmigo en el bote.

¿Cómo te sientes?

No dormí bien, dice él. Extiende su mano amarilla hacia el árbol. Una lechuga blanca estuvo posada ahí mucho rato. También los cangrejos.

De noche ya apenas lo pican los mosquitos. Pero los cangrejos grandes aún suben por los troncos de los árboles y se meten en su hamaca. No lo muerden. Les gusta vagar por arriba de su cuerpo. Eso siempre lo despierta. Entonces se saca el sombrero de la cara y se los sacude de arriba.

Vamos. Es hora de irse. Te ayudaré a caminar hasta el bote. Apóyate en el fusil.

El viejo rema a una velocidad increíble. Los mangles pasan ante su vista como

si su caballo fuera al galope. ¿Quién se habría quedado con su caballo? Demasiada velocidad. *Muntingia calabura* para los vértigos.

Al llegar vomita un coágulo espeso y negro.

La casa tiene un modesto portal con dos sillones de caoba. El viejo camina con indecisión hacia la puerta, mira fijamente la argolla de hierro que sirve de aldabón, y se vuelve muy despacio hacia él: Mejor nos quedamos en el portal. La casa está llena de sacos de carbón. Si los dejo afuera, se mojan con la lluvia y entonces no hay quién los compre. Aquí esperaremos al hombre de la carreta.

Se deja caer en uno de los sillones. La llaga de la espalda le arde y se mueve hacia el borde del asiento. Estoy muerto de cansancio. ¿Vives solo?

Vivo conmigo, responde el viejo. El otro está adentro.

Si no es por tus cuidados, habría muerto. ¿Dónde estará el general? Es un hombre de mal genio pero me tiene aprecio. Me dejó el Mauser y una botella de su ginebra. Soy parte de su estado mayor, dice mirando los inquietos ojos del viejo.

Nadie sabe dónde está. Tuvo que retirarse. La columna española traía mucha artillería. Tú mismo pediste que te dejaran escondido en el manglar. Ya no podías sostenerte arriba del caballo.

Le oí decir que regresaría por mí.

No te preocupes. Pero ahora hay que seguir. La ciénaga está llena de soldados españoles y mi casa no es segura.

Pensaba que dentro del saco de yute no iba a poder respirar. Pero sí podía. El viejo lo ha metido allí, hecho una bola como un feto. Le ha echado carbón arriba del sombrero y ha cosido el saco.

¿Y si los españoles meten la bayoneta en los sacos?

Nunca lo hacen, dice el amigo del viejo. Y siente que lo cargan y lo ponen en la carreta. Todo está arreglado.

Te acompañaré en este viaje. No vayas a creer que lo hago por dinero.

Gracias, viejo, dice él desde dentro del saco de yute. ¿Pero y tu trabajo?

No importa. Hace años que estoy loco.

No se está mal dentro del saco. Se siente mucho más abrigado que en la hamaca. Ya no tiembla. No es que la ciénaga fuera fría; el frío estaba dentro de él. *Costos picatus* para dar calor al estómago. El carbón también lo abriga. ¿Por qué? Debe guardar en su interior el calor del horno. Saca la lengua y lame el carbón. Está tibio y sabe a pan tostado, la corteza crujiante.

Los bueyes que tiran de la carreta marchan con gran rapidez. Le parece que viaja en un tren. Todo va bien, mucho mejor que en la ciénaga.

El viejo pega la boca al saco y le dice en voz baja que ya han llegado.

¿Dónde estamos?

En ninguna parte.

El viejo está loco, piensa.

Ahora pasarás al carretón. Cuando llegues a La Habana, dile al cocinero del Hotel Inglaterra que vas de parte mía. Te indicará cómo viajar a Nueva York.

¿Cómo te llamas, viejo?  
Creo que me llamo Eufrosio.

¿Y tú que haces ahí? ¡Sal de ese saco! Te vamos a colgar por los cojones, dice el sargento español.

El sargento es un hombre enérgico de rostro grueso y colorado. Ha destripado el saco con su cuchillo, y él sale sacudiéndose con el sombrero el tizne del carbón. Hay demasiada claridad en la calle. Mira a su alrededor con los ojos entrecerrados: un gran paseo lleno de árboles, edificios, carruajes, y al fondo las murallas de La Habana. Las gentes que pasan se detienen a mirarlo. Lo examinan de arriba a abajo sin hacer comentarios, como si él fuera una atracción de circo, el hombre-caimán. Una de las mulas orina un sonoro chorro de cerveza; buena calidad, espumosa y espesa. Dos soldados lo ayudan a bajar del carretón. Son rubios y muy jóvenes. Deben ser reclutas de Cataluña o de Galicia. Morimos como moscas, fiebre amarilla, malaria, disentería, tifoidea, dice uno de ellos mientras le amarra las manos a la espalda, justo donde tiene la lлага. Tú también vas a morir. Te llevarán al Castillo de la Cabaña y te fusilarán esta misma noche. Siempre fusilan a los espías.

No soy un espía. Soy un soldado.

Si eres un soldado, ¿dónde está tu fusil?, se burla el otro recluta.

Lo encierran en la despensa del Hotel Inglaterra. El coronel está durmiendo la siesta y no se le puede molestar. El cuarto está lleno de sacos de carbón y de pollos. Los pollos están amontonados dentro de unas jaulas de alambre y no paran de aletear y de cacarear; son grises y negros, los colores de la ciénaga antes y después de la hora mágica. No le gustan los pollos, particularmente sus patas descarnadas y amarillas, hay algo horriblemente humano en ellas, lo último que comería sería una pata de pollo, piensa. El olor a excremento de pollo le da náuseas. Va a un rincón a vomitar, pero sólo tiene arqueadas vacías. Se sienta sobre un saco de carbón. Como está bajo el nivel de la calle, se entretiene viendo pasar, por entre los barrotes del ventanuco, los zapatos vertiginosos de los transeúntes. Al rato se siente mareado y deja de mirar los zapatos anónimos. Más abajo del ventanuco, junto a la pared, hay una caja con tres gallinas de guinea. No hacen ningún ruido. Tampoco se mueven. Se diría que estuvieran disecadas. Los pollos serán comidos primero, concluye.

Al amanecer el agua de la ciénaga siempre está cubierta de vapores blanquecinos, pero no son gran cosa, es como si debajo de ella la turba se quemara apaciblemente. A las nueve de la mañana el agua negra deja de humear, y entonces es posible ver a los pequeños caimanes, del tamaño de un brazo, comiendo cangrejos y conchas entre las raíces de los mangles. Ese día, sin embargo, la ciénaga estaba oculta bajo un renuente banco de niebla. Cuando llegó el mediodía, su hamaca pareció flotar en los vapores resplandecientes como si fuera una barca fantástica; por un momento se sintió un navegante de nebulosas, un ser astral que atravesaba espacios que no pertenecían al mundo; por un momento la raíz del universo fue suya y se sintió cerca de Dios. Entonces, más allá del islote, la niebla encantada empezó a deshacerse

en jirones, y de repente aparecieron las copas soleadas de las caobas. Las cotorras estaban allí, como todos los días, despiojándose con sus curvos picos y exhibiendo sus colores. Había algo indecente en su desdén por la grandiosidad del espectáculo. Sin pensarlo, tomó el Mauser, se lo echó a la cara, y disparó. Una de las cotorras cayó en el banco de niebla. Por entre el eco del disparo, oyó el chapaleo de los caimanes. La otra cotorra no se movió. Permaneció allí, tiesa, posada en la rama como un intolerable pajarraco disecado. Cuando el viejo llegó, ya apenas había niebla.

¿Qué te pasa que estás tan pensativo?

Hice algo que no debí hacer. No sé por qué lo hice. Tú eres viejo y debes saber.

Aquí traigo *Picramnia pentandra*. Es buena para las enfermedades del alma.

Vamos, viejo. No te hagas el sordo. Tú debes saber.

Pregúntame otro día. Hoy sólo vine a decirte que no mires mucho a los mangles. Puedes perder la cordura. Mírame a mí como estoy.

Al atardecer la puerta de la despensa se abre, y piensa que ya lo van a fusilar. Es el cocinero, un viejo delgado y de baja estatura. Su bigote se parece al del general. El hombre pretende no verlo. Abre una jaula, mete el brazo, y saca uno de los pollos más ruidosos. Lo tiene agarrado por el pescuezo. Después de examinarlo a la luz del ventanuco, empieza a darle vueltas a su brazo como si fuera un aspa de molino. El pollo suelta muchas plumas negras y deja de cacarear. El hombre lo toma por las patas con la otra mano y camina hacia la puerta. ¿Es usted el cocinero?, le pregunta. El hombre se vuelve hacia él y finge una gran sorpresa.

¿Quién eres tú? ¿Qué haces en mi despensa?

Vengo de parte de Eufrosio, el carbonero.

Ven conmigo. Le debo mucho a Eufrosio. ¿Cómo está él?

Está loco.

El hombre sonrío. Le gusta hacerse el loco. Pero tú te ves muy desmejorado. Te voy a hacer un buen caldo con las patas y la cabeza de este pollo. Te esconderé en un cuarto vacío. Ahora hay muchos porque estamos en verano y hay epidemia de fiebre amarilla.

No puedo comer patas de pollo.

No importa, no las verás en el plato. Sígueme con confianza y no cierres la puerta. El coronel pensará que te has fugado a la calle.

El cocinero le indica una escalera de caracol hecha de hierro. Hay mucha oscuridad y no ve los peldaños. Sube a tientas, sujetándose de la baranda. Es para servir a los huéspedes que no quieren bajar al comedor, dice el cocinero, levantando mucho la voz, como si él estuviera lejos. Estás muy sucio y hueles mal, grita el cocinero. Le diré a uno de los mozos que te suba agua caliente. ¿A qué país quieres ir?

Tengo algo que hacer en Nueva York.

No hay problema. Te conseguiré los papeles para que te dejen salir de aquí y entrar allá. Tengo buenos contactos.



Marta María Pérez Bravo. *Ella me dio el 4.*

¿Falta mucho para llegar al cuarto? Apenas puedo respirar. El corazón me late muy rápido.

*Rivea corymbosa* para las palpitaciones.

Sube despacio. Un piso más y llegamos. Mientras más alto estés, más seguro estarás. Te voy a poner con otro que también va a Nueva York. Así estarás acompañado. Es un soldado español. Un desertor como tú.

No soy un desertor. Tuve fiebre amarilla y regresaré a pelear en otra expedición. Las expediciones se organizan en Nueva York. ¿No has oído hablar de la junta revolucionaria de Nueva York?

Me da igual. Todos dicen lo mismo.

Estoy dispuesto a morir por la causa.

¡Qué tonto eres! ¿No te lo dijo Eufrosio?

Claro que te conozco, dice el soldado que acaba de salir de debajo de la cama. Es casi un adolescente. Tiene un tierno bigote rubio y la nariz llena de granos.

Estás equivocado. Nunca te he visto.

Esta mañana parecías muy enfermo. Además, no me viste bien la cara. Yo fui quien te até las manos a la espalda. Me llamo Pere, ¿y tú?

Eres mi enemigo.

Nada de eso. Soy anarquista como mi padre. Estamos por la independencia de Cuba. Esta guerra es una mierda. Los reclutas morimos como moscas, malaria, tifoidea, disentería...

Estoy muy cansado, dice interrumpiendo al soldado. Se sienta en la cama.

Lo que estás es muy sucio. No debes acostarte en esa cama.

No me importa ensuciar las sábanas.

No lo digo por eso. El colchón está lleno de chinches y ladillas. A mí ya me agarraron las ladillas. Tengo mucha picazón. En mi mochila tengo Ungüento de Soldado. Es muy bueno para las ladillas, pero todo lo dejé en el cuartel. Aquí no tengo ni siquiera un peine.

Pídele al cocinero.

Ya no me queda ni un céntimo. Todo se lo he dado a ese hombre para ir a Nueva York. Allí tengo un tío que tiene una panadería. Hace buena plata.

Déjame dormir un poco. Despiértame cuando llegue el agua caliente. Se acuesta de lado para no lastimar la lлага.

En la ciénaga llueve todos los días entre las dos y las tres de la tarde. Cuando las primeras gotas caen sobre las hojas, se las arregla para salir del pegajoso abrazo de la hamaca y se acuesta en la hierba con los ojos cerrados. El agua es tibia y muy dulce. Le sirve para muchas cosas. Le sirve, sobre todo, para recordar. Sólo que ahora no puede recordar. Es como si sus recuerdos ya no le pertenecieran. Están ahí, lo sabe, pero están fuera de él. Se los imagina como un mazo de naipes que alguien baraja en la lluvia. *Lepidium virginicum* para conservar la memoria.

Llueve sobre su cara, sobre su hamaca y las blancas hojas de los yagrumas, sobre los mangles, sobre el agua negra y grasienta de la ciénaga, sobre las lejanas caobas, al fin un recuerdo, Nueva York, el Barrio Chino, olor a jengibre y a sésamo, y el hombre caminando hacia él. Lo vio de lejos. Su rostro pálido emergió de entre los paraguas abiertos de los transeúntes. Hablaba solo. La gente se apartaba a su alrededor. Pero él los acosaba. Metía su mano abierta bajo los paraguas y reclamaba una moneda. Su ira era muy profunda. A unos los empujaba contra las puertas de los pequeños comercios, y a otros los echaba de la acera. Jamás había visto a nadie pedir limosna así, con tanta desesperación. De repente el hombre lo miró a la cara. Enseguida se dio cuenta de que era una mirada especial, privada, sólo para él. Se sintió levantado de la gente y la lluvia, y supo que en la calle sólo quedaban ellos dos. Metió la mano en el bolsillo y sintió el borde duro de las monedas. Se detuvo y lo esperó. Lo vio acercarse arrastrando sus chancletas de palo, los pies descarnados y amarillos. Ya no podía caminar derecho. Se bamboleaba de un lado a otro de la acera como si llevara sobre sus espaldas un gran peso. Sus brazos ya no golpeaban los paraguas. Sólo su mano permanecía extendida, su rostro un apretado nudo de súplica. De momento no pudo explicarse lo que sintió. Bajó la vista. La mano abierta del hombre le rozó un botón de su gabán. Cuando volvió la cabeza, ya él había desaparecido tras la ondulante marea negra de los paraguas. Pensó abrirse paso por entre la muchedumbre y alcanzarlo. Pero algo lo retuvo



allí, bajo su paraguas, a las puertas del humilde restaurante chino. Dejó de llover y la calle cambió de apariencia. Plegó su paraguas y entró en el local. Se acercó al mostrador. Pidió una ginebra y un tazón de sopa. La vieja del mostrador le gritó algo que no entendió. Metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de monedas. Estaban mojadas de sudor. Se bebió la ginebra de un trago y las dejó todas sobre el mostrador.

¿Qué te pasa esta noche?, le preguntó Julia al salir del teatro. Llovía de nuevo y buscó al hombre por entre los paraguas y los coches.

No sé. Debe ser la lluvia. Estaba pensando en Cuba.

No hablemos de la guerra esta noche. ¿Qué te parece si cenamos en Delmonico?

Después de la lluvia, a media tarde, viene la marea baja. El agua se retira hacia la costa dejando tras de sí un hedor insoportable. El barro negro que rodea su islote se extiende entonces hasta donde alcanza su vista, revelando el secreto de su génesis. De su encharcada superficie sobresalen huesos y carroñas de caimanes, batracios, ratas, espinazos de peces. En este cementerio todo es negro, alquitranado, a medio paso de convertirse en turba. Siempre consigue dormirse a esa hora. Se despierta con el chillido de los murciélagos.

Ya llegó tu agua caliente, oye decir al soldado. Se saca el sombrero de la cara, se vuelve hacia él y lo ve sentado en el suelo, rascándose entre las piernas. Se ha quitado las botas y las medias. Sus pies son amarillos y descarnados. Junto a la puerta hay un cubo de peltre que humea ligeramente. Déjame un poquito de agua si puedes, me apestan mucho los pies. Mi regimiento vino a pie desde Sancti Spiritus.

La puedes usar toda. No me jodas más con tus pies y tus ladillas. Se tapa la cara con el sombrero. Dormirá hasta que lleguen los murciélagos.

*Amelia patens* para los eczemas e inflamación de los pies.

¿Estás seguro de que estás loco, viejo?

Seguro no hay nada.

¿Por qué crees que no pude darle una moneda al hombre del Barrio Chino?

Hoy no vengo para eso.

No te hagas el loco, dice incorporándose con trabajo en la hamaca. Tú sabes la respuesta. ¿Por qué me quedé con la mano en el bolsillo? ¿Por qué no corrí tras él? Mi moneda no lo hubiera salvado, pero le habría dado algo. No te rías, viejo. No comprendes. Mi moneda pudo haber sido la llamita de un fósforo, una estrella fugaz, una luciérnaga, algo de qué agarrarse en medio de la oscuridad. ¿Qué me ocurrió, viejo? No creas que soy una mala persona. Sé que tú tienes la respuesta. Sé que tú sabes.

No sé nada de nada. Échate boca abajo para curarte la llaga de la espalda. Va muy bien, ya tiene gusanos.

Ya te lo dije. No me jodas más con tus pies y tus ladillas.

Han traído la cena. ¿No tienes hambre? Voy a subir la luz, dice el soldado con timidez, como si él tuviera que aprobar sus movimientos. Lo observa acer-

carse a la pared y abrir la llave de la lámpara de gas. La habitación se llena de una luz mortecina.

¡Vaya mierda de luz!

No se puede abrir más la llave, dice el soldado. No me imaginé que en este hotel fueran tan mezquinos. Después de todo se llama Hotel Inglaterra.

¿Qué hay de comer?

No sé. No he abierto la puerta. Alguien tocó y dijo que era la cena. Voy a buscarla.

Sopa de pollo, anuncia el soldado desde la puerta. Aquí no hay sillas ni mesas. Pondré la bandeja en el suelo.

¿Qué hay en esa botella, agua?

A mí me huele a ginebra.

Puedes quedarte con toda la sopa. Pásame la botella. Se sienta en la cama y bebe un largo trago. No han traído cucharas y el soldado bebe la sopa directamente de la sopera. La sujeta con ambas manos y se la lleva a la boca lentamente, con un gesto de respeto. Antes de tragarla la guarda un momento en la boca, como si se tratara de un alimento sagrado. ¿Qué has dicho?, pregunta el soldado.

Nada.

Me pareció que rezabas.

Te pregunté si la sopa estaba buena.

Un poco fría pero sustanciosa, dice el soldado, poniendo la sopera en el suelo y rascándose las ladillas.

¿No había en la sopa unas patas de pollo?

¿Cómo lo sabes?, pregunta el soldado, sus ojos grandes de sorpresa. Las dejé para el final. Ahora las voy a roer.

Vete al carajo, dice él. Bebe otro largo trago de la botella y se tiende de nuevo en la cama.

*Salva officinalis* para el insomnio.

¿Sabes, Eufrosio? Es una lástima que en las ciénagas tropicales no crezca el enebro. En vez de hacer carbón, entonces te ganarías la vida destilando ginebra. Imagínate que todos esos mangles fueran enebros cargados de frutillas. Serías un hombre rico.

Estoy bien así, dice el viejo mientras le coloca un emplasto de hierbas en la espalda.

¿Quieres un poco de ginebra? Ya no queda mucha en la botella.

Guárdala para ti. Yo sólo bebo agua de *Aloe vera*. Es buena para el asma y los padecimientos del hígado. También es buena para los riñones.

¿Cómo sabes tanto de plantas tropicales?

Yo escribí el libro que estás leyendo.

Estás loco, Eufrosio. El libro está publicado en Londres.

¿Quieres ir a Londres?

No. Ya te dije. Tengo que ir a Nueva York. Quiero ver a mi novia. Después, regresaré en otra expedición.

Me alegro por ti. Nueva York queda muy cerca. Está ahí mismo, al pie de las caobas, donde cayó la cotorra que mataste.

El ruido de la puerta le hace volver la cabeza. El soldado ya no está en el cuarto. Seguramente fue a lavarse los pies. El cubo de agua ha desaparecido. En el suelo sólo quedan la sopera y las amarillentas patas de pollo a medio roer. Piensa en el soldado, en su tierno bigote rubio, un pobre muchacho forzado a pelear en Cuba. Mueren como moscas, le había dicho el general. Nuestros mejores aliados son el clima y las enfermedades, fiebre amarilla, malaria, tifoidea, parásitos, disentería...

*Chrysobalanus icaco* para la disentería.

Uno de los peores momentos de la ciénaga ocurre alrededor de la medianoche, la hora de las lechuzas y las ratas, de la cacería nocturna. Las lechuzas se posan justo sobre su hamaca. Buscan esconder sus plumas entre las hojas blancas de las yagrumas. Desde allí, con sus ojos especializados, escrutan los mangles en busca de ratas. Cazán silenciosamente, parsimoniosamente, como ángeles exterminadores; cazan muy distinto a como lo hacen las garzas, que se tiran de cabeza sin ninguna elegancia; cazan con paciencia, escogiendo sus presas, levantándolas al vuelo con sus amplias alas, dibujando un arco en la noche para regresar blandamente al árbol. Allí comen como puercas. Lo salpican de sangre y de pedazos de rata.

¿Por qué las ratas no se quedan quietas, Eufrosio? A lo mejor no llamarían la atención de las lechuzas.

No pueden evitarlo. Las ratas tienen mucha energía. Comen demasiado. Son como los pollos.

¿Y si comieran menos?

Entonces no serían ratas.

¿Qué soy yo, Eufrosio, una garza o una lechuza? Respóndeme. Sé que tú tienes la respuesta.

Eres un caimán. Y no me llames más Eufrosio, mi nombre es Ezequiel. Aquí te traje algo. *Rondoletia stellata*, muy buena para las mordidas de perro.

No me ha mordido ningún perro.

Claro que sí. ¿No recuerdas? Te mordieron en mi casa.

Poco antes del amanecer, cuando las criaturas de la ciénaga descansan y el aire de la tierra sopla fuerte, puede oler el humo de los hornos del viejo. Entonces se siente menos solo y piensa en las cosas buenas que le quedan por hacer.

¿Cómo te sientes?

No dormí bien, dice él. Extiende su mano amarilla hacia el árbol. Una lechuza estuvo posada ahí mucho rato. También los cangrejos. Tengo que espantarlos a sombrerazos. ¿Crees que ya pasé la recaída?

Claro que la pasaste. Luces de lo mejor. Ahora te toca pasar la muerte.

Estás loco, viejo. Déjame en paz.

Dicen que uno ve fantasmas, y ya tú los viste.

No he visto nada.

Hace un momento dijiste que sí.

No recuerdo haberte hablado de fantasmas. No recuerdo nada. Sólo recuerdo cuando llueve. Vete al carajo, viejo.

Ahora está lloviendo. ¿No sientes el ruido de la lluvia sobre el manglar?

No puede ser. Aquí no hay mangles. Estoy en La Habana, en un cuarto del Hotel Inglaterra. Mañana salgo de viaje. Quiero ir a Nueva York. Sacar la cabeza de esta hamaca y respirar aire puro, aunque sólo sea unos días, un baño caliente, un jardín, la música de un piano, algo de qué agarrarse. Después, regresaría.

Debes haber estado soñando.

No. Mi sueño eres tú. Cuando me despierte, no estarás ahí.

Te equivocas, es ahora cuando no estoy. Aquí lo único que hay son los mangles y la lluvia.

En la ciénaga llueve todos los días entre las dos y las tres de la tarde. El agua es tibia y muy dulce. Le sirve para muchas cosas. Le sirve, sobre todo, para recordar, para recordar las casas del pueblo, alineadas junto al camino de tierra roja. Ese día su caballo va al paso. Sigue a los otros caballos de la escolta del general. La gente reconoce al general y siempre da algo para la tropa, queso, tasajo, frijoles, arroz, ropa, a veces algún dinero. La gente está con la revolución, con Cuba libre, y el general es popular. La niña corre junto a los caballos, corre descalza y alcanza al caballo negro del general, extiende su brazo y agarra el estribo: ¡Un español, un soldado español en mi casa! El general se vuelve en la montura, mira a la niña y lo mira a él. Podía haber mirado a otro, pero lo mira a él y él saca su caballo del camino y sigue a la niña. La casa tiene un modesto portal con dos sillones de caoba. Está rodeada de árboles, aguacates, mangos, limoneros y al fondo hay un platanal. Se desmonta, saca el Mauser de la montura y sigue a la niña hasta la puerta. Levanta y deja caer dos veces la argolla de hierro, y el hombre pelado al rape lo hace pasar. La familia habla a la vez y a gritos, apenas entiende lo que le dicen, un soldado español, en el platanal, los perros. Lo empujan por el corredor y salen con él por la puerta del fondo. Los perros negros empiezan a ladrar, muestran sus largos colmillos, si no fuera por las cadenas lo despedazarían. Conoce su raza, no quedan muchos de ellos, perros de ranchador, años atrás cazaban esclavos fugitivos. Más allá de la letrina, con la espalda apoyada en una mata de plátanos, está el soldado español. Piensa que debe estar seriamente herido. Está sentado en un charco de sangre. Es casi un adolescente, un desertor. Ha visto muchos como él, descalzos, harapientos, escondidos en los cañaverales y en las cuevas de las lomas. De noche merodean por los sembrados y los patios de las casas en busca de algo de comer, plátanos, mangos, melones. Casi todos son reclutas de Cataluña, los últimos en llegar, muchachos de las aldeas que apenas saben manejar el fusil. En los cuarteles mueren como moscas, disentería, tifoidea, fiebre amarilla. Huyen al campo para salvarse de las epidemias. El general no los toma prisioneros. A veces se compadece de ellos y les da un poco de comida. Ahora el muchacho levanta la mirada hacia el pesado racimo de plátanos que cuelga sobre su cabeza. Se sabe observado y no se atreve a mirar a su alrededor. Su cara está amarilla de fiebre y de miedo. Se agarra sus genitales con las dos manos. Por entre sus dedos corren hilos de sangre coagulada. Los perros se soltaron y lo atacaron, miente el hombre pelado al rape,

justificándose. Está ahí desde el amanecer. Sabíamos que el general iba a venir, dice una anciana retorciéndose las manos. Aquí mismo se lo entregamos. Hágase cargo de él, agrega imperativamente. Los pantalones del muchacho están desgarrados y empapados de sangre; los pies, horriblemente destruidos. Jamás volverá a caminar. De pronto siente que el Mauser empieza a levantar su brazo. Observa cómo el cañón se acerca a la cabeza del muchacho. ¡No me mates, cubanito! Un tierno bigote rubio, granos en la nariz. Buscando su compasión, el muchacho separa sus manos ensangrentadas, un coágulo espeso y negro. Disparó sin saber por qué.

*Ocinum sanctum* para las almas en pena.

Creo que me estoy muriendo, viejo.

Uno siempre se está muriendo. Basta haber nacido.

Todavía no ha venido la marea alta. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Mira la ciénaga. Sólo huesos alquitranados. Mira las raíces de los mangles qué largas son.

Los mangles siempre son los mangles. Ya te dije que no los miraras demasiado. Prepárate para viajar. Voy a llevarte a Nueva York para que beses a la muchacha de los ojos verdes.

Espera un poco, viejo. No puedo moverme de la hamaca. Además, te he estado mintiendo. La muchacha de los ojos verdes ya no existe para mí. La perdí.

Ya sé. Ya me lo contaste. Me has contado todo.

Es la única mujer que me ha importado. No soy una mala persona. ¿Crees que la vuelva a encontrar? A veces me ha parecido que tus manos son las de ella.

Te traje sopa de pollo. Te dará energía.

¿Por qué la botas? Era una buena sopa de patas y cabeza. Pensaba hacer fuego y calentarla. Te habría dado fuerzas para el viaje.

Hazme un favor, viejo. Alcánzame el Mauser y pónmelo arriba. Necesito agarrar algo duro.

Comprendo.

Ahora respóndeme. ¿Por qué hice las cosas que te he contado? Te juro que no te preguntaré mas. Pero respóndeme. Respóndeme aunque sólo sea esta vez.

El ayudante del general entró en la tienda y se cuadró haciendo sonar las espuelas.

El general levantó la cabeza del catre, se restregó los ojos, y le dijo a su ayudante que se pusiera cómodo.

Ya lo encontramos, mi general.

¡No me digas que todavía está vivo!

No, mi general. Los pájaros del manglar ya se lo habían comido. En la hamaca sólo quedaban sus huesos mondos con este Mauser encima.

El general se sentó en el catre y tomó el fusil que le extendía su ayudante. Lo examinó detenidamente. Comprobó que estaba cargado y lo devolvió muy despacio, sosteniéndolo en la palma de sus manos como si fuera una espada honorable. ¡Así mueren los míos, carajo, con el fusil en las manos y listo para disparar! ¡Dale este Mauser a un hombre valiente!